



es la urdimbre que forman los vegetales que lo tapizan y adornan. Por donde quiera árboles gigantes se levantan como verdaderos obeliscos del centro de impenetrables matorrales, y dominan desde su altura la multitud de plantas que nacen, crecen y viven á su sombra, siempre verdes y risueñas. Otros, ménos atrevidos, se disputan con más porfía el espacio, se acercan, pugnan entre sí y se asfixian con su número. Luégo coquetas estipas, engalanadas de vistosos penachos y de hojas en forma de abanico, acercando lánguidamente sus cabezas, semejan cariñosos besos y tiernas confianzas; y á sus piés plantas parásitas, lianas sinuosas, multiplicando sus enlazaduras, y arastrándose á distancia, velan la tierra con sus guirnaldas de flores, y ruedan por las pendientes en pellones de follaje. Las lianas sarmen-tosas, amigas inseparables de las orillas de los torrentes, se agrupan á los flancos de las rocas, y caen por su temeridad en los abismos con su belleza, sus perfumes y sus encantos. Allí la gracia y la poesía iban unidas á lo terrible; los precipicios estaban cubiertos por lechos de blancas azucenas. Sin duda que Colon vió en aquel sitio junto á las plantas, con que se había familiarizado, especies aún desconocidas, porque su contemplacion llegó repentinamente al apogeo del entusiasmo.

Bajo las anchas cintas de la palmera vini-fera, los naranjos salvajes, con su fruto de oro, las quiebras que resisten al hierro, los bananos, mostrando sus paños de gruesa tela, las belónias, con ramos cilíndricos, los sebestos, cargados de flores, los eritales, con sus bayas de color de púrpura, traspirando á jazmin, los jigüeyes, con elásticos racimos, los euforbios de brácteas escarlata, las chinchonas, los copales, inapreciables en la medicina, las cónizas aromáticas, y los caimíteros con manzanas violadas. Palmitos, mirtos olorosos, semejando con sus hojas al limon, la pimienta, la prela, exhalando aroma de vainilla, en buena compañía con árboles sin nombre, dominados todos por el gigantesto ceiba, rey absoluto de aquellas soledades. Y á través de las innumerables vueltas y revueltas, que forman las lianas al pasar de unos árboles á otros, y mientras se arrastra por

el suelo, para subir atrevida á la copa del más alto, la trepadora calabaza y la paulinia alada encantan los ojos, y el humilde cicoparzo sirve de guarida al amor de las palomas.

Para las almas inteligentes, esta venturosa tierra tiene aún atractivos irresistibles. En sus puras y cristalinas aguas se producen al rizar-se reflejos maravillosos, y en la mar que la circunda, fenómenos é ilusiones sin igual; la tranquilidad del cielo, la clara luz del día, los vivos tonos del paisaje y el dulce aroma que impregna el aire, hace penetrar en los sentidos una vaga excitacion, que seduce y embelesa. Este es el efecto de la influencia material. Pero si el pensamiento se atreve á investigar en tan cabal conjunto las huellas de la divinidad, á estudiar las armonías y asombrosas combinaciones de su pródiga mano, combinaciones que, sin que entrasen en ellas la belleza de las flores, su aroma, y el canto y el plumaje de las aves, bastarian para humillarlo, se siente confundido, anonadado, pues las fuerzas de la naturaleza se desarrollan en ella de un modo colosal y ciclópico. Lo fuerte de las emociones corresponde á la magnificencia de la perspectiva.

Hoy, familiarizados por trescientos años de experiencia con estas producciones, entónces desconocidas, no podemos comprender la impresion que causaria semejante variedad, vista de una mirada, porque la poesía y los misterios de lo desconocido iban unidos á la sazón con los encantos de la forma revelada.

Consideraba Cristóbal Colon con santo respeto y reconocimiento aquella manifestacion de todo punto nueva para la humanidad, y su éxtasis al contemplar las obras del Criador se igualaba al inocente embeleso del primer amor, reasumiendo de antemano con virginal ternura las sensaciones que había de experimentar la posteridad su legataria en tan opulenta herencia. Ningun mortal sintió nunca en su alma regocijo semejante al que allí conmovió al elegido de la Providencia. Lo sublime de la obra acrecentaba el mérito de la cooperacion con que el señor lo honrara, ponía de relieve al encumbrado carácter de su mision y lo elevaba sobre sí mismo.



A la hora de las doce de la mañana, estando recorriendo Colon en un bote las orillas de la rada, descubrió el rio lleno de armonías, y escondido, cual un secreto de hermosura, al S. del puerto. Sorprendido y casi atemorizado de su esplendor y majestad, y temblando de admiracion, se lamentó de haber quedado sin fuerzas para expresar la milésima parte de su asombro, y dijo á los reyes que tuvo un momento en que creyó le faltase aliento para desviarse de un paraje tan encantador. La amenidad de este rio, añadía como para justificarse, la claridad del agua que permite entrever hasta las arenas del fondo, la multitud de palmeras de diversas formas, las más altas y graciosas que nunca he visto, y una infinidad de otros árboles, elevados y verdes; el canto de los pájaros y la frescura del campo, dan á este sitio serenísimos príncipes, una tan maravillosa magnificencia que excede en encanto y hermosura, lo mismo de noche que de día, á las demas; lo cual me hace decir á menudo á los que me rodean, que cualesquiera que fuesen mis esfuerzos para extender una relacion completa á sus altezas, ni mi lengua podria decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla. Y es tan cierto que me hallo confundido en presencia de tanta y tan superior belleza, que no sé cómo expresarla, porque si os he relatado con respecto á las otras regiones, y acerca de sus árboles, de sus frutos, de sus hierbas y de todas sus cualidades tanto como pude, pero no como debí, de ésta todos afirman que es imposible exista en el globo otra más hermosa. Ahora callo, deseando que la vean otros que quieran describirla, pues conozco cuán poco puede ser considerado por mí su mérito, y que puede ser afortunado en boca ó pluma de otro (1).

Como entre los más grandes favores que Dios le otorgó, tuvo Colon la dicha de ir siempre disfrutando progresivamente de tantas cosas, cada vez más admirables, y de conservarse en buena salud, decia: «Gracias al Señor, ni uno solo de los hombres de mi tripulacion ha

(1) Fernando Colon, *Vida del almirante*, capítulo XXIX.

experimentado hasta ahora ni el más leve dolor de cabeza; ninguno ha guardado cama por enfermedad, á no ser un anciano marinero que sufrió toda su vida de mal de orina, y se encontró curado al segundo día de llegar aquí (1). Lo que digo del estado sanitario, prosigue, comprende la tripulacion de los tres buques» (2).

Ántes de poder conocer cada una de las producciones especiales de aquel suelo maravilloso, comprendió la importancia de su posesion, y la expuso de esta manera: «Cuáles son los beneficios que se podrán sacar de aquí, es lo que no escribo. Es cierto, serenísimos príncipes, que donde hay tales tierras debe existir infinidad de cosas útiles... y más tarde es cuando se sabrán las ventajas que pueden reportarse de ellas» (3).

Teniendo intuitivamente una clara nocion de sus infinitos recursos, y de su preeminencia sobre las otras, despues de disfrutar de todos sus encantos, y de ponderarlos como poeta, como naturalista y como marino, afirmó que con lo descubierto acababa de abrir nuevas vías á la relaciones humanas, y «que la cristiandad sobre todo, tendria negociacion en ellas, cuanto más la España, á quien debe estar sujeto todo» (4). Entónces, dejándose llevar en alas de su divina inspiracion, osó dar un consejo, que casi fué un precepto, á sus soberanos y señores, exponiéndoles con franqueza y libertad cristiana que no debian permitir la entrada en mansion tan venturosa á ningun extranjero, á ménos que la pureza de su fe no estuviera fuera de duda, porque habiendo sido hecho el descubrimiento en nombre de Jesucristo, para su mayor gloria y dilatacion de la Iglesia, no era

(1) Esto nos recuerda que el comendador Poincy curado de la gota, por haber permanecido en la Martinica, inspiró á Scarron el deseo de ensayar los climas coloniales. El duque de Noailles. *Histoire de madame de Maintenon*, t. I, cap. V, p. 162.

(2) Porque, loado nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza, ni estado en la cama por dolencia, salvo un viejo dolor de piedra. Esto que digo es en todos tres navios... Mártes 27 de Noviembre de 1492.

(3) *Diario de Colon*, *ibid.*

(4) *Ibid.*, *ibid.*



justo que la incredulidad disfrutara de una conquista del catolicismo (1).

Estas palabras, escritas cuarenta y seis días después del primer desembarco en San Salvador, mientras y aún antes de estar completamente terminado el descubrimiento, son dignas de que en ellas se fije la atención. Su sentido y su fecha tienen una importancia decisiva para establecer el verdadero carácter de la empresa de Colón, y no debe dudarse en su vista de la causa real y positiva que impelia al viajero de la cruz, ni equivocarse acerca del objeto que se proponía, á saber, la mayor gloria de Jesucristo, el acrecentamiento de su Iglesia, y de consiguiente la salvación de las almas y la civilización de los pueblos.

No obstante la prisa de Colón, le cautivaban tales maravillas, y le «parecía que se encontraba cercado de ilusiones y encantamientos.» Aquel lugar, cuya magnificencia imponía respeto é inspiraba santos pensamientos, recibió á causa de esto el nombre de Puerto-Santo, y durante tres días permaneció en él extasiado y lleno de admiración. Su sed de oro pareció aplacarse con la suavidad de la atmósfera, la frescura de las florestas y su perfumado ambiente. El contemplador de la creación se sobrepuso un momento al incomparable buscador del oro, ardiendo en deseos de abrir las entrañas de la tierra para extraer de ellas lo que necesitaba para rescatar el sepulcro de Jesucristo. ¡Cuán feliz no se sentiría el hijo adoptivo de la familia franciscana al hacer los rezos que prescribe la regla de la órden seráfica, bajo las bóvedas de los árboles gigantes, templo primitivo de la naturaleza, rodeado de las prodigiosas obras del Creador, y mezclando su voz con las salmodias del viento, cuyos ecos iban repitiéndose por aquellas soledades!

No obstante, un hombre tan práctico y positivo como Colón no podía consumir sin inmediato provecho para su empresa el tiempo concedido á la expansión de su alma; y así, apro-

(1) «Y digo que vuestras altezas no deben consentir que aquí trate ni haga pié ningún extranjero, salvo católicos cristianos, pues todo esto fué el fin y el comienzo del propósito que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana, etc., *ibid.*, *ibid.*»

vechándose de una permanencia, que venían á justificar ciertas contrariedades atmosféricas, daba consejos higiénicos á los marineros, y enviaba por distintos lados, bajo las órdenes de un oficial, y provistos de intérpretes, destacamentos para reconocer el país, y ponerse en relaciones con los habitantes. Pero estos continuaban como habían comenzado, huyendo siempre, y todas sus excursiones fueron inútiles, pues sólo se apoderaron de varias mujeres con tres niños, en una aldea, y de los remeros de una embarcación de los indígenas, que sorprendieron.

El viernes 30 quiso Colón antes de salir de Puerto-Santo (1) consagrarlo con el signo de la cruz, y al efecto mandó á los carpinteros hicieran una de gran tamaño. El 1.º de Diciembre fué llevada con solemne pompa por las dos tripulaciones á la principal altura que dominaba la entrada del puerto, y clavada en la peña viva.

Como al siguiente, domingo el viento fuera contrario, pudo santificarlo Colón, al pié del símbolo sagrado y prolongar un día más el placer que recibía en su contemplación.

El lunes hizo en un bote un reconocimiento de la costa al SO. y descubrió un astillero de los indios, perfectamente dispuesto: había en él canoas de una sola pieza, que podían contener cien personas.

El día 4 se levaron anclas y prosiguieron con rumbo al O.

(1) Puerto-Santo, devastado por el hierro y el fuego, se llama hoy Baracoa. En su lugar, siempre de admirable perspectiva, se ha levantado hoy una ciudad que lleva su nombre; pero cuyo destino no ha cambiado ménos que su aspecto, pues sirve hoy de guarida á los traidores, á los revolucionarios, á los negros, á los hombres perdidos de todas clases, que tienen á sueldo los libertadores de la Unión. En su puerto, en otro tiempo santificado, se agitan los más voraces de los buitres americanos, groseros, materialistas y déspotas brutales, á su vez esclavos de la multitud. Desde allí extienden con los dollars y la calumnia contra la corona española los revolvers, por medio de los cuales esperan coger de improviso á Cuba, la reina de las Antillas. Los seres más envilecidos de la humanidad ansian la más hermosa posesión de los mares. Que la Francia vele!»

* Basta con que lo haga España..



Al partir de Cuba el almirante, con el objeto de imponerla un nombre significativo bautizó á su extremidad oriental con el de *Alpha y Omega*: el principio y el fin, porque donde comenzaban las Indias de poniente, concluía el oriente del Asia constituyendo así el punto de partida y el de llegada del antiguo y Nuevo Mundo.

En su vehemente amor por la creación, en vano se buscaría en Cristóbal un pensador elegíaco, un mero contemplador entusiasta de la naturaleza, pues la admiración que le infundían aquellas perspectivas, su laborioso estudio de la flora y de la fauna de las nuevas regiones y sus observaciones sobre el terreno, de que se prometía extraer oro y piedras preciosas, no eran el objeto exclusivo de todas sus meditaciones, sino que con afán nunca visto se esforzaba por comprender el carácter de unos pueblos que huían delante de él como visiones, y ya que no podía estudiarlos de cerca, los adivinaba. En efecto, sus relaciones con los naturales fueron desde el primer momento cual si dataran de antiguo. Nunca se engañó con respecto á ellos, y siempre supo hacerse comprender y amar, dominarlos con la dulzura, y tamar sobre ellos un grande ascendiente personal. Como su salvación era su móvil, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban de inspirarles una alta idea de los europeos, para que desearan reunirseles y adoptar sus costumbres, mostrándoles con magnanimidad constante lo sublime del Evangelio. Y es indudable que, sin la brutal codicia de sus tripulaciones, jamás hubieran los indios experimentado otro sentimiento que el de la gratitud y el respeto para con los hombres celestiales, como ellos decían.

No descuidaba nunca Colón la más leve circunstancia, el menor detalle, ni el hombre que pareciera más insignificante. Entre la Concepción y la Fernandina, habiendo dado con un indígena, que bogaba sólo en su canoa, le hizo subir á bordo de su carabela, con el objetode agasajarlo, y se encontró se precisamente un correo expedido á una de las Lucayas, para llevar la nueva de la llegada de los *hombres divinos*, en testimonio de lo cual traía consigo

dos monedas y algunas cuentas de vidrio. De aquí dedujo Colón que presto se extendería mucho la noticia de su venida, y que importaba difundir con ella el buen nombre de los enviados del cielo. La prudencia y la política, que tan bien hermanaban con sus inclinaciones naturales, le impelían á desplegar cierta magnificencia y dulzura con aquellos pueblos nacientes. Si de antemano Colón los amó en Jesucristo, ahora los amaba el primero como el padre ama á su hijo, y ellos por instinto le daban algo de su afecto, apurando en su favor la poca constancia de su veleidoso carácter. En ningún tiempo ni lugar dieron los indios á un europeo testimonios de tanta confianza y adhesión como á él. Era que Cristóbal tenía el dón de hacerse amar y obedecer á ciegas.

Observó el almirante la falta de habitaciones á la orilla del mar y de los ríos, á pesar de la hermosura de los sitios y de las comodidades que reportarían viviendo allí; y como notara todas las cabañas dispuestas de tal modo, que sus habitantes pudieran ver, antes de ser vistos, sospechó con su singular sagacidad, que un peligro común los obligaba á estar alerta. Comprendió que alguna raza extranjera, más atrevida y mejor armada, tendría costumbre de llegar allí, para robar á los riberanos; y supo, después de haberle costado gran pena convencerse de ello, que en medio de la paz y la abundancia de tan risueños y poéticos parajes, atroces foragidos recorrían los confines de los bosques, no para saquear las cabañas, sino para apoderarse de sus habitantes, ponerlos en manadas como animales, engordarlos, y alimentarse con su carne. Desgraciadamente era esto demasiado cierto. Los caribes antropófagos, extraños á estas islas, diferentes de sus naturales por la forma de la cabeza, las facciones, el color, el idioma, las pinturas de sus cuerpos, las armas y el temple de su corazón, cuando las invadían, las asolaban. Entrevió Colón un cambio el más feliz en la condición de aquellos pueblos, porque ya en adelante, gracias á la protección de Castilla, gozarían de los consuelos de la fe, y estarían en posesión de la salud eterna. Bendecía á Dios por haberlo enviado para tan grande obra de miseri-



cordia, y penetrado de su mision apostólica obraba como precursor del Evangelio.

Antes de poder hablar del Redentor á los indígenas de un modo inteligible, Colon, que ardía en deseos de enseñarles á adorarle, proclamaba á los cuatro vientos del cielo, en la lengua de la Iglesia católica el poder del Verbo, y hacia resonar en tan apartadas orillas el nombre del Salvador. Donde quiera que abordaban sus chalupas plantaba cruces, para que de antemano supieran los indios que este signo venerando era el de los hombres celestiales, ó destinados á serlo. La escuela protestante ha pasado en silencio el que el almirante pusiera estas cruces, y hecho sobreentender que, al erigirlas, sólo trataba de dejar una prueba ostensible de su toma de posesion; pero la exactitud se opone á semejante duda acerca de sus sentimientos y de su fin, y no la permitiremos, porque sus hechos y sus intenciones los explicó terminantemente él mismo.

Una vez verificada la toma de posesion en la forma acostumbrada, clavaba el almirante cruces en los sitios más adecuados y pintorescos, manifestando al obrar así, más deseos de honrar al Redentor, que de dar fe de sus descubrimientos; porque tanto como anhelaba contemplar los prodigios del Verbo, tanto más sentía la necesidad de glorificar á los ojos de los hombres al que por salvarlos se sacrificó. Y no solamente daba gracias al Señor porque lo eligiera para revelar lo ignorado, sino por haberle concedido la honra de ser el primero que enarbolase allí el emblema de la inmortalidad conquistada. Se consideraba en los risueños desiertos de las Indias cual otro Juan Bautista, preparando el camino del que iba á venir con su gracia santificadora, bajo la forma del símbolo eucarístico. Designado por la Providencia, precedía Cristóbal á los nuevos apóstoles, sus hermanos los de la órden seráfica, y á sus amigos los frailes de Santo Domingo, que debían ir seguidos de cerca por los santos émulo de Francisco Javier.

Esforzábase Colon en ilustrar el entendimiento de los indios que traía á bordo (1) y los

(1) Colon tenía en todo veinte indios ó indias y

interrogaba con frecuencia; y á pesar del mal éxito de sus preguntas y de la confusion de sus respuestas, reconoció desde los primeros dias su predisposicion á lo hiperbólico y á lo fantástico, hasta tal punto, que sus más claras afirmaciones no merecian sino á medias la confianza.

Y no sólo tenía que desconfiar el almirante de los intérpretes, sino de las aseveraciones de los sabios y de los viajeros de que estaba imbuido: necesitaba prevenirse contra lo que veía, oía y se acordaba. Había estudiado en los libros de los cosmógrafos, de los geógrafos y de los viajeros, entre ellos en Marco Polo; y de todos, el «Cuadro del mundo» (Imago Mundi) del cardenal Pedro de Ailly parecia ser el que más crédito le merecía, tanto por el rango eclesiástico y la ortodoxia de su autor, como por su reconocido saber. Mas aunque se asociara á las afirmaciones de ciertos escritores, no por eso se refería jamás á ellos absolutamente; y así dudaba, conjeturaba, presumía la posibilidad, pero nunca aseguraba de un modo terminante, porque su penetracion, sus inspiraciones, y digámoslo de una vez, su instinto de revelacion, le apartaron de caer en los extravíos de un sistema. Con todo, es evidente que se habria aproximado más á la verdad, si, contra sus modestos hábitos y la vulgar prudencia, hubiera osado desprenderse del todo de los errores de los cosmógrafos, que hacian entónces autoridad, para no atenerse más que á sus propios presentimientos: un tanto de presuncion le hubiera economizado muchas vacilaciones; por eso, y á causa de que el entendimiento humano no comprende lo desconocido sino por lo que ya conoce, Colon no podia explicar las cosas que encontraba más que por medio de las que sabia.

Muchas veces se ha repetido que al partirse de Cuba el almirante, llevaba la conviccion de haber encontrado la extremidad del continente asiático, y éste es uno de los errores tradicionales, en que se incurre con respecto á

tres niños á bordo de las carabelas, á saber: siete insulares, traídos de San Salvador, y seis hombres, siete mujeres y tres niños sacados de Cuba.



Colon, y que parece aceptado sin litigio; pero nosotros lo disiparemos más adelante con hechos y documentos. Hasta el nombre genérico de Indias, dado por Colon á las tierras descubiertas, nada establece en contra de tal idea, porque estaba destinado de antemano por él para los países que iba á descubrir, como lo justifican las siguientes palabras de su hijo D. Fernando: «Como las Indias pasaban en todo el mundo por abundantes de oro y toda clase de riquezas, quiso dar el mismo nombre á las tierras que pensaba descubrir, para obligar á Castilla á proteger su expedicion, halagándola con la esperanza de grandes beneficios» (1). Sin duda de que, por un momento, la tan caracterizada fisonomía de Cuba pudo inclinarlo á creer que tocaba al extremo del continente asiático; pero las más veces, segun sus observaciones espontáneas, pensaba haber llegado á las antefronteras de un mundo absolutamente nuevo. Por lo demas, en el primer viaje; el contemplador de la naturaleza procuraba ménos explicar que enumerar las regiones que descubria.

Al dirigirse á la invisible Babeque, el almirante divisó al SE. una tierra, que los indios le dijeron ser Bohío, en la cual se comian los hombres. Parecian tener mucho horror á las gentes de *Cániba*, (2) habitadoras de aquella isla, ó de su vecindad, y pretendian que aquellos feroces depredadores, mantenidos de carne humana, tenían la cabeza como de perro, y solo un ojo en mitad de la frente; así es que cuando vieron al almirante, que, á pesar de su descripcion, tomaba el rumbo de Bohío, quedaron sobrecogidos, hasta el punto de no poder hablar. Impelida por una fuerte brisa iba la *Santa Maria* á todo trapo, y como eran favorables las corrientes, se deslizaban con rapidez las carabelas hácia la isla misteriosa; pero habiendo sobrevenido la noche, la pasaron bordeando para esperar el dia.

(1) Fernando Colon, cap. VI, edicion francesa, bajo el siguiente título: *La vie de Christophe Colomb et la découverte qu'il a fait des Indes Occidentales, vulgairement appelées le nouveau monde*. Traducción del provenzal Catolendi. Paris, librería de Claudio Barbin, 1681.

(2) De este nombre se deriva el de Canibal, equivalente antropófago.

El 6 de Diciembre entró el almirante por una ensenada, que puso bajo la invocacion de la Virgen. Al SO. avanzaba un hermoso cabo, y en homenaje á María, la estrella del mar, lo nombró de la Estrella. Viéronse además muchos promontorios y ensenadas, á las cuales fué bautizando, y continuó su navegacion con la costa á la vista, echando el ancla á la hora de visperas, (1) en un puerto admirable, tanto por su seguridad como por su hermosura, y lo llamó San Nicolas en honra del santo cuyo día era. De esta rada dijo Colon, que despues de cuanto habia hablado de los puertos de Cuba, podia elogiarse con justicia, «pues cabian en ella con comodidad mil carracas dando bordadas.»

El viérnes 7 de Diciembre se hizo á la vela para seguir la costa al NE. Descubriábase á lo léjos altas montañas, y en los llanos intermedios campos y colinas, cuya perspectiva recordaba los de Castilla, notando el almirante árboles, que se parecian á las encinas, á las carascas y á los madroños, y que la temperatura era más fresca que la de Cuba. Por la tarde dió con una ensenada, á la que puso Concepcion, y queriendo examinar los peces de aquellas aguas, y en su consecuencia mandado poner en su canoa las redes, cayó en el bote ántes de que él entrara un sargo, idéntico á los de las costas de España; y cogieron además salmones, sardinas, lenguados y otros muchos parecidos á los de Castilla. El aspecto general del país, así por el cultivo como por la disposicion en que se hallaba, difería de la fisonomía tropical de Cuba, y se asemejaba en cierto modo á la de España.

El 8 de Diciembre, fiesta de la Concepcion, una violenta lluvia, acompañada de viento, retuvo á toda la gente á bordo, y el almirante pudo dedicarse con entera libertad á orar por la Virgen. Habiendo impedido la frecuencia de

(1) La piedad de Colon, su costumbre de rezar diariamente los oficios, en las horas señaladas por la regla de los franciscanos, le hace indicar involuntariamente en su Diario *la hora de las visperas*, para señalar el momento de la tarde, que reservaba á este religioso deber; y muchas veces se le escapó sin pensarlo esta espresion.